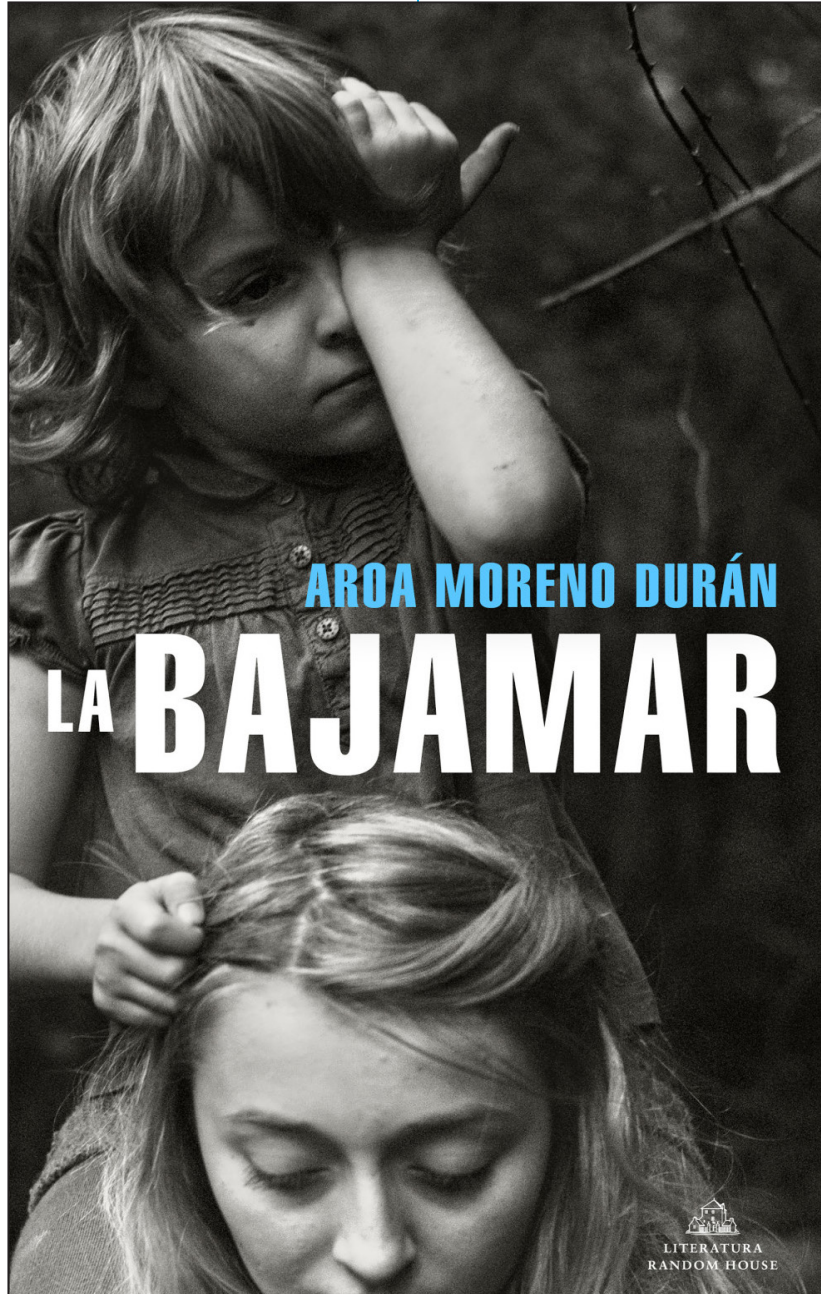




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Adirane regresa a la casa familiar de su pueblo junto a la ría, en el norte del País Vasco, para registrar la última memoria de infancia de su abuela Ruth. Escuchar el relato de la abuela antes de que la vejez borre sus recuerdos es, sin embargo, una frágil excusa para dejar atrás a su marido y a una hija pequeña a quien quiere alejar de su propia amargura; y quizás, para encontrar un nuevo punto de partida desde el pasado. Pero volver a casa conlleva también reencontrarse con Adriana, su madre, con quien no se habla desde hace años.

Mientras Adirane se enfrenta a los incontrolables miedos e incertidumbres que la maternidad ha desatado en ella, y a las heridas que han minado la relación con Adriana, Ruth evoca una historia que se remonta a los inicios de la Guerra Civil. Su padre, alineado con los republicanos, desaparece, dejando a su esposa sola a cargo de Ruth, su hermana Amelia y Matías, el benjamín de la familia. Salvar a sus hijos de la miseria y la violencia es el único cometido de esta mujer que, desesperada, sube a Ruth y Amelia a un barco cargado de niños que parte con rumbo desconocido, pero no consigue desprenderse del pequeño Matías, que

se queda a su lado. Las niñas son acogidas en Bélgica por un matrimonio y, poco a poco, el hambre y la guerra se convierten en un mal recuerdo. Pero cuando los conflictos bélicos llegan también allí, Ruth y su hermana regresan junto a su madre. Matías ya no está y cuentan en la familia que el niño murió ahogado en la ría, y de una generación a otra esta historia se repite, palabra por palabra, para ocultar la verdad, y la inmensidad del dolor y la culpa de una madre que jamás logra recuperarse de la trágica pérdida de su hijo.

Con la mirada pendiente de esa hija que regresa a casa pero es casi una extraña, Adriana también sabe de silencios. Por protección y por temor, le oculta durante años a Adirane la identidad del padre ausente, y cuando la verdad acaba saliendo a la luz, el amor filial se vuelve rabia, rencor y una distancia que ahora Adriana intenta conjurar entre titubeos y gestos maternos. Bajo un mismo techo, madres e hijas van tejiendo una genealogía hecha de secretos familiares y tensiones, intentando derribar los muros que las han mantenido distanciadas y reunir las palabras para contar aquello que nunca fue dicho.

CLAVES DE LA NOVELA

Tres mujeres de un mismo linaje y generaciones distintas conforman un evocador coro de voces y silencios para narrar una genealogía que se entrelaza con el devenir histórico del País Vasco, desde el horror de la Guerra Civil hasta el presente, pasando por la violencia y el miedo de los años de plomo. Recorriendo casi un siglo de nuestra historia más reciente, *La bajamar* relata una saga familiar femenina donde los límites entre lo íntimo y lo político se funden con la sutileza y elegancia que Aroa Moreno Durán ya ha demostrado en su anterior novela, *La hija del comunista*, galardonada con el Premio Ojo Crítico en 2017.

El dolor, la memoria, el desarraigo, la herencia y la inquietante sombra de los secretos son los temas que atraviesan una obra que abre, ante todo, una honda reflexión acerca de la maternidad y qué significa criar y cuidar de alguien en contextos signados por la violencia, la desesperación, la angustia o la miseria. Inmersas en una marea de emociones tan intensas como contradictorias, las madres de *La bajamar* cuidan y se asoman

con sus cuerpos y sus gestos al amor y la ternura de los vínculos materno-filiales, pero también conocen su temido reverso: la necesidad de delegar, renunciar, alejarse de sus hijos para protegerlos del mundo y de ellas mismas. Esas madres son, a su vez, hijas que buscan su lugar y sus verdades en la delicada y cambiante trama de los vínculos familiares.

Entre la crudeza y la belleza, Aroa Moreno Durán teje con los mimbres de las buenas historias una novela cautivadora a tres voces que nos sumerge en la memoria más personal, en los silencios y las ficciones que toda familia construye para seguir adelante, en los legados que se transmiten entre generaciones y en un territorio en permanente tensión. Con una prosa precisa y la cadencia poética de una narración cuyo ritmo recuerda al vaivén de las mareas, su nueva novela encuentra las palabras justas para arrojar luz sobre aquello que se calla, lo que no se puede decir en voz alta, y esas vidas que, sin hacer apenas ruido, transcurren en los márgenes de la Historia pero inmersas en ella.

LOS PERSONAJES

ADIRANE, LA HIJA

Adirane tiene cuarenta años, vive en Madrid junto a su pareja, y desde que nació su hija, cinco años atrás, no regresa a su casa natal ni habla con su madre, Adriana. Criada por una madre soltera, su abuela Ruth también ha sido una figura muy presente en su vida. Cuando la maternidad desata en ella la angustia y un miedo hasta entonces desconocido, un impulso la lleva a volver a casa, al costado de las dos figuras maternas que la han visto crecer.

«Se borra poco a poco su llegada de hace unos días. Pierde peso el viaje. Empieza el distanciamiento. Ya está ahí: fuerza los ojos, mira el techo, palpita el labio, ve borroso aún. Siempre te ha gustado la destrucción, le dijo Iván una vez. Pero, en realidad, a ella lo que de verdad le gustaba era lo que ya había sido destruido. Por eso, la extrañeza templada al despertar en esta casa que parece repuesta de cualquier ausencia.»

ADRIANA, LA MADRE

Adriana es una profesora que reparte sus días entre cuidar a una madre senil e intentar reconstruir la relación con su hija. Tiempo atrás, el vínculo entre ambas se rompe cuando Adirane descubre lo que su madre siempre quiso ocultar: que su padre era un hombre vinculado al terrorismo. La desconfianza y la necesidad de proteger de la violencia a su futura hija hacen que Adriana se aleje para siempre de él cuando queda embarazada.

«Esquivar las noticias. Jamás volver a indagar. Perfil bajo. Vida a la sombra. Eso he sido yo. Cuidar de ella lo que no pude cuidar de él. Y, aunque tarde, ella acabó descubriéndolo. Que él existió de esa forma. Tuvo que hacerse algunas preguntas difíciles. Yo no tuve ni tengo mucha respuesta. Y elegí el silencio para protegerla. Y ahora estoy segura de que me equivoqué.»

RUTH, LA ABUELA

Ruth es una anciana cuya mente flaquea, pero entre la confusión senil y las lagunas de memoria, consigue contarle a su nieta su infancia en tiempos de la Guerra Civil. Tras sufrir en carne propia el hambre y el horror, la embarcan rumbo a Bélgica junto a su hermana mayor, Amelia. La rabia y el dolor por la separación de su madre no hacen más que acentuar el carácter rebelde de la niña, que, sin embargo, acaba desarrollando apego por un hogar que le brinda la oportunidad de dejar la miseria atrás y, más tarde, convertirse en profesora de francés.

«Lloré todas las tardes del primer mes que estuvimos en Châtelineau. Es mucho llorar un mes para una niña que acababa de cumplir nueve años en un barco que no se sabe a qué puerto llegará, ¿no te parece? Cuando se llora tanto, se hace desde un lugar que ya no es la pena. Llorar se convierte en una forma de estar.»

LUZ, LA BISABUELA

Casada con un marinero alineado con los republicanos que desaparece cuando comienza la guerra, Luz lucha por alimentar y proteger a sus tres hijos sola y en un contexto hostil. A la hora de tomar la decisión de embarcarlos rumbo a algún hogar de acogida, se ve capaz de separarse de sus hijas mayores, pero no del pequeño y frágil Matías, que se queda a su lado. El niño, sin embargo, muere un tiempo después, y Luz ofrece una versión de los hechos que nadie puede confirmar ni negar. La pérdida de este hijo, cuyo recuerdo se encarga de mantener vivo, termina de hundirla en la amargura y el dolor.

«Ya se estaba poniendo el sol cuando una mujer salió corriendo de una calle. Una mujer que había descubierto cinco peces muertos y sin cabeza sobre la mesa de la cocina. Y unas tijeras abiertas. Una sola de todas las mujeres que no encontraba esa noche a su hijo pequeño. Una vestida de negro que descendió urgente por la calle y se arrodilló junto a la orilla y metió los brazos hasta el codo en el agua moviéndolos en un intento de despejar la oscuridad. Y entonces se partió en dos. Y entonces la mujer ya no fue más esa mujer. Y el cauce, como un espejo, expandió el sonido del grito por toda la bahía hasta la bocana del puerto como un altavoz de la muerte. Los vecinos temblaron. Pero cada uno adentro de su casa.»

FRAGMENTOS

MADRES

«Y quiso marcharse, sabiendo perfectamente las consecuencias de cruzar esa puerta. Porque ella no tenía una razón concreta. No tenía un dolor para señalarlo. Ella no era una madre contra las guerras de los hombres, como lo fue su bisabuela. No era una mujer alejando a su hija de la violencia y callando durante décadas, avergonzada o asustada, un origen, como había sido su madre. Ella lo tenía todo, lo había levantado todo, pero ya no lo quería. Porque algo no estaba engrasado. Porque algo, lo decía su cuerpo, lo decía un temblor, no funcionaba. Solo las madres muertas no comparecían en la exigencia de la abnegación.»

«Adirane.

Adriana.

Mi nombre en el suyo. Es esa mujer que ha llegado y sigue siendo mi hija y entre las dos mujeres todavía podría

estar viva esa adolescente de tanto reproche no sé con cuánta razón.

Pero ahí lo tiene, por fin, el bocadillo sobre la mesa con tortilla de patata, sí, yo misma la hice, con pan comprado ayer en la última hornada, como le hubiera gustado, como exigía, la jarra del agua y una naranja brillante en un plato y un cuchillo en una servilleta. Como hubiera querido entonces. No es un símbolo. Prometo que no. Mi amor ahora tiene forma de cena tradicional. De servilleta doblada en triángulo.»

«Nadie imagina lo que significa separarse de un hijo. Y de otro y de otro. Como si se quedaran las tripas vacías de golpe. Una tripa sobre otra tripa sobre otra. Decir tú sí, tú no. Decir vosotras. Desprenderse. Soltar la mano [...] Nadie sabe lo que significa tener que salvar a un hijo hasta que tiene que hacerlo.

Pero uno lo hace.

Lo harías.

Tú también lo harías.»

«Lleva días sin dormir porque sabe que a cientos de kilómetros la niña sí duerme. Porque piensa también que puede despertarse con ganas de hacer pis en mitad de la noche. Decir *ama, ama*, mami, la cama está fría. Arrópame. Y que ella no está para abrirle las sábanas y cogerle los pies y meterlos entre sus piernas calientes. No la va a encontrar para recoger todo ese cuerpo pequeño con un abrazo, el acople perfecto, la galaxia interior. Para cantarle en voz baja: *Haurtxo polita sehaskan dago, zapi txuritan txit bero*. Piensa que la niña puede desvelarse a casi quinientos kilómetros de ella y buscar su pecho para poner la cabeza sobre el corazón y no encontrarlo. Sabe que, marchándose, se ha anticipado a lo que tanto miedo tenía. A su propia desaparición. La silueta recortada en el sofá de la tarde.»

«¿Y qué vas a hacer, Adi? ¿Vas a comprarle todos los zapatos hasta que deje de crecerle el pie? Vas a poner una fila de cajas de zapatos en su armario con todos los números por si acaso. Veintiocho, treinta y uno, treinta y siete. Por si te pasa algo a ti. Por si algún día finalmente decides largarte. O te pasa algo, qué se yo, te enfermas de verdad, desapareces, qué. ¿Eso es lo que quieres darle? ¿Es eso ser una madre? ¿Vas a dejarle una montaña de cajas numeradas y ordenadas por tallas con todos los zapatos?»

«Ser madre no es fácil, y no sé si te lo he dicho antes, pero sueño como si me repitiera. Todas tenemos tardes difíciles. Todas dudamos. Todas tocamos alguna vez la desesperación.»

«Ahora ya lo sabe: las madres, a veces, tampoco estamos donde decimos estar. Ahí está la mía, quién sabe si en algún invierno de los años cuarenta. Las madres también nos vamos, aunque tengamos los dos pies juntos metidos en unas claustrofóbicas zapatillas sobre una baldosa de la cocina.»

«No hay una vida antes y otra después de haber tenido dentro de la tripa otro corazón que no es el tuyo, por eso se lleva las manos ahí donde ella fue creciendo. Ahora sabe que nada espanta las contradicciones de una, que no hay una clarividencia especial después de parir un hijo, pero que pondrías su vida en las manos que fueran, su padre o un barco, para salvarlo.»

HIJAS

«Buenos días, Adriana, me responde. Es mi hija. Llevo años sin ver a una hija que ahora también es una madre.

Que te llame tu hija por tu nombre.

Quiero decirle: Mira aquí, estoy mayor.

Cuídame.»

«No sé tampoco si lloré treinta días o un año entero. Cuando me sentía mal, le pedía que me hiciera un hueco a su lado y le decía: Déjame ver a mi madre. Y nos mirábamos un rato a los ojos. O a lo mejor solo éramos dos personas cuidando la una de la otra en medio de todas las guerras.»

«Cuántas veces esa mujer le abrió la puerta y sin mediar palabra supo que había llorado, que venía distraída, que estaba mintiendo. *Ama*, le dice. No paro de pensar en la niña. Es como un martillo aquí. Su madre la agarra de la muñeca y la atrae hacia sí. A mitad de la noche, abrirá las sábanas de la cama de su madre y se meterá en ella. Cuéntame algo, le dirá.»

«De alguna manera, hace tiempo que comenzó a entender las razones de la inconsistencia de su madre cuando le hablaba de su padre, siempre relatado entre otras cosas, con esa forma de no decir nunca una mentira, ni de darle tampoco una respuesta. ¿Por qué tenía que hacerse cargo ella de indagar en algo así? Había heredado un hueco, una soledad, una piedra lanzada no sabía contra qué cuerpo. ¿Y nadie iba a explicarle nunca nada?»

GENEALOGÍA

«Hay una extraña relación entre las mujeres maternas de una familia. La célula de la que nació mi hija fue fabricada a la vez que yo en el útero de mi madre. Mi hija, en su sentido más primigenio, en su más completo no-sentido, en esa forma de ser inexplicable de lo que solo existe potencialmente antes de ser, de alguna manera, también estuvo dentro de mi madre conmigo.

Y ahora, estamos aquí otra vez las tres, en la casa.»

«Puedo quererla hasta la médula y a la vez contemplarla como el recuerdo de una equivocación detrás de otra.

Esto también es ella.

Todo eso también soy yo.

Y todo lo que me gustaba de él lo detesto cuando lo veo en ella.

Y al contrario.»

«Hace años que no veo a mi hija. Cinco años de pensar además en una nieta que existe pero no conmigo, como una presencia fantasma que imagino en todas mis horas. ¿Y no puedo enfadarme? Imagino los juguetes de una Ruth que no conozco tirados por el salón de la casa. Una ropa de cambio en un cajón esperando a alguien que no me visita por las tardes y que nunca se derrama sin querer el vaso de zumo encima. Un jaleo de escolares a las cinco a través de una puerta de hierro por la que yo paso de largo. Un rincón despoblado de sus dibujos colgados con chinchetas: primero, rayones abstractos y manchas, el descontrol. Después, toda la familia tomando forma poco a poco: cinco dedos para las manos y los pies. Cuerpo. Sonrisa. El pelo como palos tiesos que salen de las cabezas. Cinco años sin ver a una hija que, sin embargo, no está tan lejos.

Y son las diez de la mañana y todavía no la he visto. No se ha metido en mi cama al amanecer. No me ha llamado para el café.»

«Piensa en si todavía podría existir la posibilidad de contarle esto a su hija cuando sea grande. Llevarla hasta el promontorio, señalar el mar: Mi abuela se marchó en ese barco. Le entristece la lejanía que

se produce de forma irremediable entre las generaciones. Probablemente, su hija nunca podrá sentir pena o compasión por esas niñas. Como si a los niños de entonces no les doliera la soledad. Entonces piensa en su propia bisabuela y en cómo la historia se ha replicado de boca en boca y de lugar en lugar. Madres que entregan a sus hijos para ponerlos a salvo. En cómo ese episodio familiar se ha convertido en algo que ella carga como un alijo genético, como una coordenada rota. De aquí somos nosotras, le diría, y quién sabe qué entenderá entonces ella por aquí. Mira, hija, el barco fue construido ahí mismo, pero ya no existe, fue desguazado, como tampoco vive casi ninguno de los niños que gritaban en su cubierta.»

LA MEMORIA

«La memoria es así. Cuanto más haces por iluminar un recuerdo a conciencia, otro se va apagando. Pero Matías siempre ha estado aquí, yo lo siento conmigo: como un hueco, como un recorte. ¿Cómo dicen cuando te amputan una mano pero sigues sintiendo que está ahí?»

«Pero intenta rellenar el silencio que hay entre los dos diciendo algo ocurrente sobre la ciudad que pisan juntos otra vez. Aunque se esfuerza, no llega a acceder al lugar de su cerebro donde tiene grabada de sobra la fecha exacta en que unos extranjeros asaltaron el centro y saquearon las casas, quemaron toda la Parte Vieja y violaron a las mujeres. Y se queda calla-

da durante un largo rato buscando en su cabeza. Piensa que la memoria tiene un cupo y que todo lo vivido ha ido sacando lo viejo por la puerta de atrás.»

«He venido a que me cuente su vida. Ya sabes lo que quiero decir. Me da miedo que se me escape una parte de ella sin haberle preguntado bien. Que se la lleve consigo y no haber tenido oportunidad de hablarlo, como si yo diese por hecho que ella siempre fuera a estar y que no haya tenido más historia ni más vida que los lazos familiares que compartimos. Puede acabarse cualquier día.»

«Todavía tardó más de un año en marcharse. Tardó un año más en no perdonarse por romper el sueño de su hija esa noche. Y no dejó los zapatos preparados para la vida de nadie, pero sí se ocupó de meter en una caja de cartón que escondió debajo de la cama algunas fotografías de las dos juntas, la pinza manchada de yodo de su cordón umbilical, una lista con sus películas preferidas, un frasco con un resto de su perfume, el mechón del primer corte de pelo de Ruth y montajes que ella había hecho para sus tres primeros cumpleaños. Un botiquín para la salvación de su propia memoria de madre.»

«Los recuerdos de las familias no hay que vivirlos para tenerlos, solo hay que contarlos. Y escucharlos, claro. Ahí ya quedó para siempre una placa invisible debajo del moho, del verdín, de todo lo que vive en la piedra que decía: Aquí se ahogó un hijo pequeño en 1940. Y ese fue el hijo de mi madre. Ese niño fue mi hermano.»

ENTRE REALIDAD Y FICCIÓN

«La realidad, la memoria y la imaginación ahora son tres líneas confusas que se funden y se separan. Todas las situaciones traídas una y otra vez, como un flotador de salvamento, la reescritura imposible.

Su vida real son los últimos años: su niña, Madrid. Piensa en Iván y en ella. Y luego mira a este otro hombre. ¿Por qué está todo el tiempo juzgándose por estar justamente aquí, con él? Y ya no sabe si es el mismo de siempre o es solo otro que en realidad no existe el que siempre le da un abrazo más largo de lo permitido, un poco más apretado de lo que se consiente a un amigo antes de que llegue la incomodidad, el que nunca arañará más abajo del hueso.

¿Somos amigos?

Somos amigos.

Cuántas vidas caben en lo que ya no sucederá.»

«Mi madre nos contó lo de Matías una sola vez, cuando volvimos, pero el luto fue hasta el final. Y esa historia que había contado mi madre se repetía por todas las bocas. Era siempre la misma. No les enseñaban a nadar. Empezaba y acababa en el mismo punto con una perfección que iban afilando en cada contada. La contaron tanto que la historia se quedó en los huesos. Cuando preguntábamos por más cosas, que quién fue el otro, que qué fue de él, que quién fue al entierro, las mujeres se quedaban en silencio y volvían a la narración aquella y no se decía nada más.»

«Quiero decir, yo te digo a ti que pasó esto y después esto y después lo otro y tú me crees y no cuestionas que eso es así. Pero cuando lo lees o al verlo en una pantalla, no soportamos las contradicciones que tiene la vida, sus sobresaltos, la mezcla de lo que no es extraordinario y lo que sí, los pasos precipitados de la felicidad a la tristeza sin explicaciones y vuelta. Como si no cupiese que sintamos a la vez una cosa y la contraria. Como si para tragárnoslo tuviéramos que limar más que bien todos los engranajes. No sobresaltar al espectador con bruscos giros de guion. No demasiada violencia, no demasiada tristeza. Siempre somos más exigentes con las ficciones que con la vida real.»

«Ahora tienes que callarte hasta que yo no esté, así me lo pidió ella. Cuando tú te mueras, que se lo cuenten a los siguientes. Una mentira repetida mil veces de generación en generación. Y la verdad sobre una mujer de las nuestras, avergonzada, culpable, que eligió una muerte por descuido en vez de la muerte por el abrazo más fuerte. Que mintió deliberadamente y transformó lo pasado. Pero que, después, se arrepintió y se desahogó con su propia hija.»

LA GUERRA

«El monte se quedó sembrado de munición sin explotar. Cuantos más encontrabas, mejor. Era una competición sinies tra. Los niños entienden perfectamente la muerte, igual que la entendemos los

viejos. Los problemas reales con la muerte los tenéis la gente mediana, que no estáis preparados para perderlo todo cuando acabáis de conseguirlo.»

«Yo nunca he vuelto a pasar tanta hambre como aquel año, ni siquiera después. Nunca, Adirane. El hambre es como una garra que te retuerce las tripas desde dentro y después te retuerce lo que piensas hasta que no piensas en nada más que en comer. Y luego se expande como un veneno por todo el cuerpo.»

«Mi madre miró al cielo. Algo rezaría. Seguro que algo pidió mirando a ese cielo lleno de humo, seguro que maldijo a mi padre, que maldijo a los hombres que nos habían llevado hasta ahí.»

«Piénsalo, piensa bien lo que es poner un niño en un barco ahora que no se les pierde nunca de vista. Decirles a tus niñas que no pasa nada, estaréis bien, nosotros estaremos bien. Mentirles en la cara, decir: Volveremos a vernos, volveremos a estar todos juntos. Y ahora suéltales la mano. Suéltate de su carne y cambia la mirada. Sonríeles. Ve alejarse el cuerpo de todas tus hijas niñas. Niñas asustadas en un barco que una no sabe ni adónde va ni hasta cuándo va y decirles: Nada va a pasaros. Nada va a pasarme a mí. Y decir adiós.

Abrazar al pequeño muy cerca, porque el pequeño se queda, porque una madre no puede quedarse completamente sola. Pero soltar las otras manos. Soltarlo todo. Despedirse.»

«Me daban ganas de empujar esas estanterías de madera vieja y tirarlos al suelo, cubrir con ese engrudo pegajoso y visceral las tablas viejas de la tarima, que se filtrara a las plantas inferiores de la casa y quedaran cubiertas de mermelada morada, roja, naranja. Derribar ese mundo ajeno a nuestra guerra, a nuestra hambre, a nuestra forma de correr bajo las bombas de los aviones. Lloraba en la oscuridad con la cabeza sobre las manos y las manos sobre las rodillas, como lloran las niñas pequeñas.»

«Pero cuando la ausencia de nuestro hermano se hacía dura o evidente, mi madre hablaba de Matías, de los años en los que fuimos una familia con él y con nuestro padre. La historia de su muerte sí la contaban las demás periódicamente, como una de las tantas historias que se contaron cuando terminó la guerra.

Nuestra madre no era la misma mujer.

Nuestra casa no tenía las mismas cosas.

Nuestro pueblo era otro y otro era el país.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. La novela comienza introduciendo a Adirane, un personaje que ha tomado una determinación difícil pero no explica sus razones. ¿Por qué pensáis que la autora dirige la atención hacia un personaje del que, al comienzo, sabemos muy poco? ¿Consideráis que Adirane es un personaje que se nos esconde a los lectores o ella misma no es capaz de comprender y expresar lo que le sucede?
2. *La bajamar* está narrada a través de tres voces, pero Adirane es la única protagonista con la que se utiliza la narración en tercera persona. ¿A qué atribuíis esta elección de la autora? ¿Qué efecto produce el uso de la tercera persona?
3. ¿Por qué Adirane necesita imperiosamente escuchar y registrar a su abuela? ¿Qué valor tiene para ella el pasado familiar?
4. El pasado y la memoria son unos de los ejes que vertebran la novela. ¿Cómo se relaciona cada personaje con su pasado y la memoria? ¿Consideráis que intentan mantener vivos los recuerdos? ¿A través de qué tipo de gestos?
5. En la novela nos encontramos con cuatro madres que deben criar a sus hijos en épocas y contextos distintos. ¿Qué tipos de maternidad se retratan? ¿Luz, Ruth, Adriana y Adirane comparten las mismas maneras de cuidar a sus hijos, o las mismas expectativas y temores frente a la maternidad?
6. El nacimiento de su hija desata en Adirane emociones muy intensas con las que apenas puede lidiar. ¿Por qué pensáis que para ella la maternidad abre la puerta al amor, pero también al miedo y la angustia?

7. A través de Adirane, un personaje que expone sus contradicciones, Aroa Moreno Durán nos muestra el costado menos edulcorado y más complejo de la experiencia de la maternidad. Con el nacimiento de su hija, Adirane descubre que está preparada para asimilar los padecimientos del cuerpo, pero no el malestar psíquico, y esta vivencia hace pensar en la estigmatización e invisibilización de la salud mental en nuestra sociedad. ¿Consideráis que se habla lo suficiente acerca de la angustia y la inestabilidad emocional que puede desatar la maternidad? ¿Qué aporta la historia de Adirane al respecto?
8. La decisión de Adirane de separarse de su hija ¿qué consecuencias puede tener? ¿Creéis que hay paralelismos entre este personaje y Luz, una madre que en otro contexto también debe renunciar a estar junto a sus hijas?
9. ¿Por qué Luz no puede desprenderse de Matías? ¿Os sorprende su decisión?
10. *La bajamar* es una novela protagonizada por madres que, a su vez, son hijas. ¿Cómo se retrata este rol? ¿Es un rol que cambia y adquiere nuevos significados a medida que las mujeres se hacen mayores?
11. En la novela, los hombres, muchas veces, son figuras ausentes o desaparecidas. ¿Qué lugar ocupan los personajes masculinos en la historia narrada? ¿Hay diferencias entre los hombres de generaciones anteriores y figuras más próximas, como Iván o Jon?
12. A través del relato de Ruth, pero también de las vivencias de Adirane como hija y madre, la novela ahonda en la infancia. ¿Qué ideas se articulan en torno a la infancia a lo largo de la novela?

13. Cuidar y proteger son acciones que están muy presentes en la historia narrada. ¿Qué conceptos circulan al respecto a lo largo de la novela? Estas acciones ¿están relacionadas siempre con las madres?
14. «Cuántas veces me habré preguntado si las tensiones no tienen que ver con la tierra, con el agua, con el viento que entra. Lluvia gris mojando de gris los edificios grises durante días y días. Cemento calado siempre. Suelo brillante. Algo tiene este territorio, esta cuenca de montañas y esa lengua de mar entrando», dice Adriana en un momento de su soliloquio. Siguiendo el hilo de su reflexión, ¿qué relación establecen las protagonistas con su tierra natal? ¿El lugar condiciona sus vidas y elecciones?
15. Adirane lleva a Madrid la muñeca que Elise le regaló a Ruth, como legado para su hija. Sin embargo, decide deshacerse de ella dejándola en un contenedor. ¿Por qué lo hace? ¿Qué significado tiene este gesto?
16. Al regresar al pueblo después de la temporada en Bélgica, Ruth escucha la historia muy bien atada de la muerte de Matías, y esa versión se transmite de una generación a otra. En vuestra opinión, ¿Ruth le cree a su familia la primera vez que le explican los hechos, o desde su regreso alberga sospechas de que su madre ha disfrazado la verdad?
17. *La bajamar* es una novela hecha de secretos, verdades dichas a medias y revelaciones. ¿Cómo se enfrentan las diferentes protagonistas a la verdad? ¿Qué sucede cuando la verdad se dice en voz alta?
18. En un momento de su diálogo con Adirane, Ruth dice: «Los recuerdos de las familias no hay que vivirlos para tenerlos, solo hay que contarlos». ¿Cuáles son los significados que esta frase adquiere a lo largo de la novela? ¿Estáis de acuerdo con la afirmación de Ruth? ¿Es una frase que podría encajar en vuestra propia historia familiar?

LA AUTORA



© Jairo Vargas

AROA MORENO DURÁN (Madrid, 1981) es autora de *La hija del comunista* (Caballo de Troya, 2017), novela que obtuvo el Premio Ojo Crítico 2017 a la Mejor Novela del Año. Traducida al inglés, francés, italiano, búlgaro, portugués, y próximamente al alemán, la novela va ya por su quinta edición. Moreno Durán estudió Periodismo en la Universidad Complutense y tiene un Máster de Edición por

la Universidad de Salamanca, y otro en Radio y Televisión. Ha publicado los libros de poemas *Veinte años sin lápices nuevos* (Alumbra, 2009) y *Jet lag* (Baile del Sol, 2016), y es autora también de las biografías de Frida Kahlo, *Viva la vida*, y de Federico García Lorca, *La valiente alegría* (ambas en Difusión, 2011). Escribe con medios como *Mercurio*, *Punto y Coma* o *El Universo*.

SOBRE *LA BAJAMAR* SE HA DICHO

«Aroa Moreno Durán escribe sobre maternidad y la pena congénita de las que vienen de abajo. Mujeres vencidas transmiten un modo de mirar que duele, y el dolor no empodera: el dolor duele y es enfermedad hereditaria. La memoria es presente y los fantasmas forman parte de la carne. Hambre, violencia y desarraigo no son poesía, sino realidad tangible: tenemos miedo a no saber cuidar de nuestras propias hijas, y un amor descomunal alimenta los gestos aparentemente fríos en una novela bellísima, de escritura luminosa, que desdice todos los tópicos y aprieta el nudo que une a las mujeres con el peso que la Historia carga sobre ellas.»
Marta Sanz

«¿Cómo es la memoria de lo que nunca llega a decirse en voz alta? Aroa Moreno Durán y su brutal capacidad para narrar el silencio de tres mujeres que se asoman al dolor con vértigo, pero sin miedo.»
Belén Gopegui

«Una reflexión sobre el dolor, el secreto y la herencia a través de tres mujeres de diferentes generaciones. Novela breve pero desbordante de literatura: de gran literatura.»

Ignacio Martínez de Pisón

«Atraviesa la Historia, los hechos, les pone de nuevo conciencia, carne, emoción y mirada. Rebusca en los acontecimientos que construyeron sociedades, políticas, silencios y formas de vivir. Convierte la memoria en ficción. Y lo hace desde una narrativa propia, hermosa y aguda. Así escribe Aroa Moreno Durán las novelas.»

Lara Moreno

«Aroa Moreno Durán es una maestra narrando el silencio que acompaña a cada trauma. La autora es capaz de ahondar con sensibilidad en los secretos familiares y en los duelos enquistados.»

Gabriela Ybarra

